

CUENTO N° 281

TÍTULO: MIS PERROS

SEUDÓNIMO: JUAN MADERO

AUTOR: CAMILO HENRÍQUEZ GONZÁLEZ

MIS PERROS

Seudónimo: Juan Madero

Era una mañana luminosa, brillante y apacible. Yo jugaba con los perritos de la señora Lala. Ella me miraba con ternura.

De pronto habló:

- ¿Quieres un perrito para ti?
- ¡Sí!, le contesté, sin saber bien lo que decía. Ella cogió el más hermoso, me lo ofreció y me dijo:
- Llévate este cachorro; es tuyo.

Corrí como un loco hacia la casa con el bultito cálido y palpitante en mis brazos. Busqué una caja de zapatos y con una chomba vieja le hice una camita. Le di leche en un plato, agua fresca y lo acosté.

Me pasaba horas sólo mirándolo como dormía. Lo acariciaba, lo paseaba en brazos o lo llevaba a caminar por el jardín. Siempre fue el cachorro.

En noches tormentosas me levantaba a hurtadillas. Prendía la vela y lo iba a espiar. Tenía miedo que se levantara y en la oscuridad no pudiera volver a su camita. Mi cachorrito siempre estaba allí durmiendo y palpitando.

Creció y fue mi regalón y fuimos amigos inseparables.

En tiempos de cosecha tenía que levantarme temprano para ir a rodear los bueyes para emparvar.

Con noche aún, sonaba el despertador y yo me levantaba presuroso. Mi cachorro, apenas me sentía moverme, ladraba bajito, gemía y rasguñaba la puerta, nervioso. Al salir, él saltaba, lamía mis manos y me daba pequeños empellones.

Ensilada mi pequeña alazana la “Pulguita” o mi vieja yegua “Barroza” partíamos a rodear la boyada.

Apenas cruzábamos la tranca de la que llamábamos la “engorda larga”, el cachorro se me adelantaba desapareciendo en la bruma de la mañana. Al llegar al final del potrero largo, mi cachorro había ya reunido todos los bueyes corriendo y ladrando con un brío y dedicación increíbles

¿Quién le enseñó esa tarea?

Nadie. Sólo lo impulsaba su intuición de perro y amigo.

Terminada la tarea de rodear los bueyes, desayunábamos. Yo café con leche y un fresco y sabroso pan amasado. Y él, una buena fuente de cazuela que la señora que preparaba el rancho le había reservado el día anterior.

Luego se tendía junto al fogón para descansar y secar su mojada pelambreira del rocío de la mañana.

En tiempos de Colegio mi cachorro me acompañaba un buen trecho. Siempre se detenía en un lugar establecido por él. Yo le acariciaba con ternura su enorme cabeza y él me dejaba avanzar mirándome hasta perderme en la distancia. En las tardes me esperaba en el mismo lugar y volvíamos a casa, como si nunca nos hubiésemos separado.

Nunca supe por qué una mañana amaneció muerto en la cocina de fogón. Sólo sé que se me partió el corazón. Lloré como nunca había llorado. Sentí que había crecido, de pronto.

Don Nasario me ayudó a cavar un hoyo en una esquina de la huerta. Al fondo colocamos su cama, lo tapamos con una vieja manta, lo cubrimos con flores de cartucho y lo sepultamos con tierra.

Algo de mi niñez se quebró con la partida de mi fiel amigo y compañero de tantas jornadas.

Pasaron muchos años para que volviera a tener un nuevo perro hermoso, cariñoso, fiel y leal. Estos pocos años los ha vivido intensamente: corriendo, saltando, defendiendo la casa, ladrándole a la luna, persiguiendo treiles y tiuques... jugando...

¡Mi noble perro Benito! Lamento sobremanera no haber estado más tiempo junto a ti. Sólo los fines de semana nos reunimos. ¡Cómo te alegras cuando llegamos a la chacra! Espero que no sufras mucho cuando nos vamos.

Nos consuela saber que todos los días el bueno de Don Rupe te viene a dar una buena ración de concentrado y una fuente de cazuela que te gusta tanto, con huesos carnudos, blandos, que trituras con tus fuertes mandíbulas de acero. Por otra parte hemos preparado una hermosa galería donde duermes abrigado, espero.

¿Quieres que te cuente, Benito? Más allá de estos cercos, de estos árboles majestuosos, de estas gentes que nos rodean, hay un mundo ingrato en que perros famélicos vagan por las calles abandonados por sus malos amos. Perros tristes, sarnosos, cojos, tuertos, moribundos. Deambulan en busca de un mendrugo para seguir sobreviviendo.

Tan triste suele ser su triste apariencia que otros perros vagos no los permiten cerca, les muestran los dientes amenazantes. Y ellos se alejan, cojeando por la calle abajo, sin fuerzas para correr.

Una noche las bajas temperaturas paralizarán sus miembros entumecidos y su corazón cansado. Será entonces el camión de la basura el que arrastrará sus pobres huesos y pellejo hasta el basural.

No sé, Benito, si tú te has dado cuenta que, a veces, cuando vamos a la ciudad, llevamos restos de comida y pan duro.

¿Sabes para quiénes son? ¡Claro!, para los pobres perros abandonados, tiñosos, tristes, semi-perros. Y ellos los van comiendo con calma, indiferentes, sin agradecimiento. Con tanto abandono y desamor ya no son capaces ni de entender el buen corazón de algunas gentes.

Estos perros abandonados no son capaces de odiar como no saben amar. Sólo sobreviven. Creo que ya ni saben que son perros.

¡Dios te libre a ti, Benito, de tan dramática situación! Mi noble perro: te juro que no me iría nunca de tu lado. Tu mirada tierna me llena el alma.

¡Qué paz, qué sosiego, qué tranquilidad en tus ojos vivos, amorosos!

Pides tan poco y das tanto. Cómo pudiéramos tener tu alma de perro para disfrutar de las cosas pequeñas y esenciales de la vida: la comida, el agua, la luna llena, el cielo pesado de estrellas, el viento entre los árboles, el rocío en las hierbas, el trinar de las aves, la lluvia en el tejado, el silencio de la noche... el descanso... la paz...

Mientras escribo estas líneas Benito se acomoda en el pasillo Un placentero quejido anuncia que se apresta a descansar. Apago la luz y al igual que Benito, me dispongo a dormir.

Sólo que no sé con certeza, en la vigilia de la noche, si el perro que me acompaña es Benito o Cachorro.... o son ambos a la vez.

